

LAS HERENCIAS EMOCIONALES EN EL PROCESO DE
MADUREZ DE PILAR EN *SOÑAR EN CUBANO*,
DE CRISTINA GARCÍA

Pilar Osorio Lora

Colegio de Estudios Superiores de Administración, CESA

Bogotá, Colombia

pilosorio1@gmail.com

maria.osoriol@cesa.edu.co

RESUMEN / ABSTRACT

Este artículo analiza el proceso de madurez de la protagonista de *Soñar en cubano* desde la perspectiva de la teoría de los afectos. Asume la madurez como un proceso de autorreconocimiento de la experiencia emocional y acumulación de capital emocional. Para este ejercicio resulta fundamental identificar cómo opera la confusión que le genera a la joven recibir una herencia emocional llena de contradicciones y cómo es capaz de transformar la tensión en capital emocional. Con este propósito, se señalan los vínculos entre procesos de madurez, emociones y herencias emocionales que recibe la joven. Por último, se señala la elección de la empatía como centro de su estructura emocional que posibilita la solución de su confusión a través de la reconstrucción del tejido familiar, y resulta ser una decisión históricamente pertinente.

PALABRAS CLAVE: literatura cubana, Cristina García, *Soñar en cubano*, *bildungsroman* femenino, capital emocional.

EMOTIONAL INHERITANCE IN PILAR'S MATURING PROCESS IN CRISTINA
GARCÍA'S *SOÑAR EN CUBANO*

This paper aims to analyze *Dreaming in Cuban* as a coming of age text, in which the maturing process is determined by self-awareness as well as the accumulation of emotional capital. Using a theoretical framework of affects and emotions, the author identifies the emotional

legacies received by the main character to show this contradiction is transformed into emotional capital. It is shown how this transformation is possible by choosing empathy as the pivotal point of the emotional structure, and how it is through the social value given to empathy in this historic moment, that the protagonist can mature, while restoring family ties.

KEYWORDS: Cuban literature, Cristina García, *Dreaming in Cuban*, *bildungsroman*, feminine, emotional capital.

Recepción: 10/11/2020

Aprobación: 19/01/2022

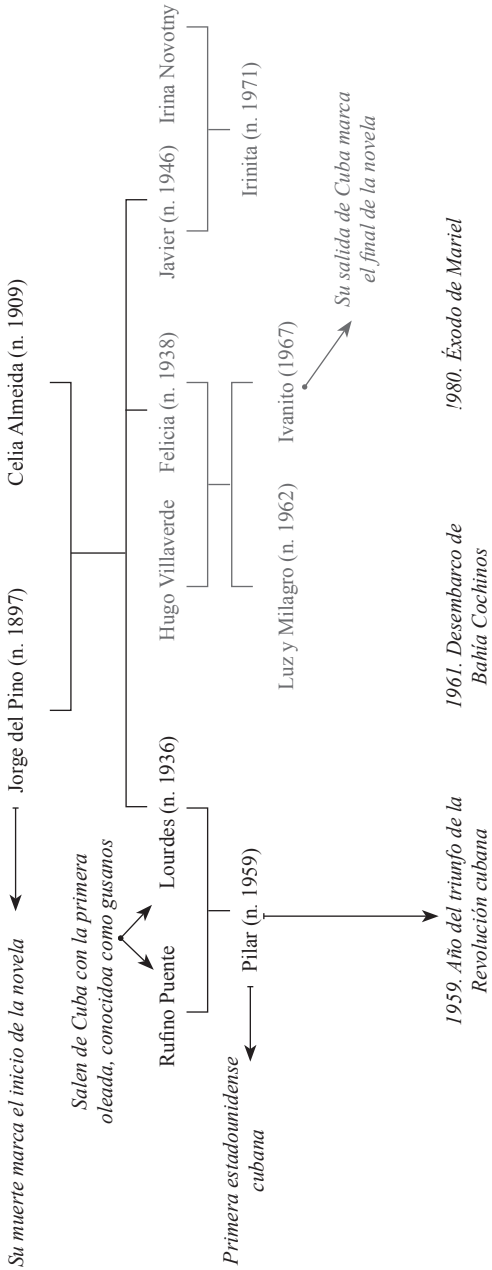
En 1992, casi cuarenta años después del inicio de la Revolución cubana, y en medio de un proceso de redefinición de la geopolítica internacional –por el reciente fin de la Guerra Fría–, Cristina García publica su primera obra, *Soñar en cubano*, novela que narra la historia de una familia cubana y sus rupturas tras la Revolución de 1959. Este artículo se propone identificar cómo el proceso de madurez de Pilar, la protagonista, es posible por la confusión que le genera recibir una herencia emocional disonante. Es decir que, aunque la joven recibe una educación emocional llena de conflictos, contradicciones y sin certezas, es capaz de transformar esa confusión en capital emocional. En este sentido, este artículo interpreta la obra desde la perspectiva de la teoría de los afectos, que asume la madurez como un proceso de autorreconocimiento de la experiencia emocional, y de la acumulación de capital emocional. Para esta interpretación se usarán bases teóricas de los estudios de las emociones y los afectos, en especial de Illouz, Cabezas, Nussbaum y Tikhomirov.

En primera instancia, se señalarán los vínculos entre procesos de madurez, emociones y herencias emocionales. Luego, se detallarán las particularidades de la herencia emocional que recibe Pilar para dar paso a un análisis de los aspectos en los que se materializa la confusión de la protagonista. En tercera instancia, se estudiará cómo el matricidio simbólico es fundamental para la reconciliación con la madre y la desidealización de la abuela. Finalmente, se señalará cómo la elección de la empatía, en tanto centro de su estructura emocional, posibilita la solución del conflicto/confusión, porque permite la reconstrucción del tejido familiar, a la vez que es una decisión que, históricamente, solo es posible después de la radicalidad de las dos generaciones anteriores.

Tanto el contenido como la forma de *Soñar en cubano* señalan la ruptura del tejido familiar. La obra está estructurada a partir de fragmentos de aproximadamente tres o cuatro párrafos, y cada uno de ellos es una unidad narrativa –una suerte de fotografía– aparentemente inconexa del resto de la obra. Esto exige al lector reconstruir la secuencia de los eventos y las relaciones entre los personajes. Este ejercicio de conectar, necesario por parte del lector, coincide con el proceso de Pilar para comprender las tensiones familiares y las lealtades que su madre (Lourdes) y su abuela (Celia) le exigen.

Esta interpretación de la obra se centrará en algunos miembros de la familia: Celia, la abuela (1909-1980), quien narra los sucesos anteriores a la Revolución y a la Revolución institucionalizada; Lourdes (1936-), madre de Pilar y esposa de Jorge; y Pilar (11 de enero de 1959-). A continuación, se presenta un árbol genealógico completo de la familia Del Pino, junto con fechas y datos históricos relevantes para la trama. Para mayor claridad sobre lo que es o no relevante para este artículo, en la siguiente figura se escriben en gris claro los personajes y los datos que no son fundamentales para comprender esta interpretación.

FIG. ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA DEL PINO CON ANOTACIONES DE FECHAS HISTÓRICAS



Fuente: adaptado de García.

La novela tiene como epicentro 1959, año de la Revolución cubana. La narración empieza en 1974 y termina en 1980, con el éxodo de Mariel, aunque los acontecimientos que nos cuentan inician en 1909 (infancia de Celia), y su fin coincide con el término de la narración. Al inicio de la novela, Pilar tiene 15 años y está experimentando la crisis de identidad propia de la adolescencia. En su caso, esta crisis se agudiza por una serie de rasgos específicos: nace en Cuba, pero crece en Nueva York; habla español en un territorio dominado por el inglés; su familia está escindida por cuestiones políticas, y parece estar exigiéndole escoger un bando.

En 1904 Stanley Hall usa por primera vez el término adolescente en *Adolescence, Its Psychology and Its Relation to Physiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*. Aunque las actitudes y dilemas propios de esta etapa ya habían sido exploradas literariamente en personajes que el mismo autor menciona (los sedientos interlocutores de Sócrates, Hamlet o el desventurado Werther), Hall es el primero en analizar científicamente las singularidades de esta etapa del desarrollo del ser humano. Antes se afirmaba que la adolescencia iba de los 8 a los 12 años. En la actualidad, la Organización Mundial para la Salud (OMS) sostiene que la adolescencia es una etapa de la vida que va desde los 10 hasta los 19 años, en tanto se asume que, más allá de la maduración física y sexual, existen una serie de experiencias determinantes en la transición hacia la independencia social y económica, la consolidación del desarrollo de la identidad, y la adquisición de las aptitudes que implican tanto el ser adulto como el asumir funciones adultas (OMS, *Desarrollo en la adolescencia*).

Un año después del estudio de Hall, Dilthey populariza el uso del término *bildungsroman* para analizar obras decimonónicas cuyos personajes eran adolescentes que se enfrentaban al mundo en función de definir quiénes querían y podían ser. Muchas de esas obras tienen como eje narrativo la tensión entre un individuo que necesita expresar su subjetividad en un contexto social que no se alinea con su estructura emocional. En estos casos, el dilema de los personajes es el cuestionamiento por la validez de las herencias emocionales que han recibido en la familia y por las posibles negociaciones con el mundo que la rodea. Tanto Hall como la teoría del *bildungsroman* indagan y estudian las características de esta etapa desde diferentes perspectivas, y ambos concluyen que es un momento de la vida determinado por un interés en la ética.

Por su parte, para Scheler y Cabezas, la formación ética depende del orden que se da a las emociones. De ahí que este artículo parta de que el proceso de

madurez está en estrecha relación con las emociones, su gestión y la postura crítica frente a las herencias emocionales. En este sentido, la confusión del adolescente (real o ficticio) viene de una serie de emociones que no puede gestionar, ya sea por el desconocimiento de su origen, de sus implicaciones y cargas sociales, o de sus funciones adaptativas. Scheler afirma que cuando el individuo decide organizar este desorden la confusión se supera. Es decir, si partimos de una psique sana, el desorden emocional obliga a buscar algo que dé orden y sentido a la experiencia emocional. En este orden de ideas, la capacidad de acción del individuo (protagonista) descansa en su voluntad de reordenarse al reconocer sus emociones y gestionarlas desde una lógica adaptativa. Este es, justamente, el proceso por el que pasa Pilar en *Soñar en cubano*.

Para Eva Illouz las emociones implican una forma de conocimiento, una fuente de información sobre lo que es importante para un sujeto o una comunidad, pero también, sobre las creencias que tiene ese sujeto o esa sociedad sobre sus propias emociones (Nussbaum *Paisajes* 167-98). Por ello, uno de los elementos que causa la confusión y tensión de los adolescentes con su contexto, es el descubrimiento de una serie de herencias emocionales y de emociones desconocidas, tanto en su afección física y nombre como en su gestión y valor adaptativo. Illouz acuña el concepto de capital emocional –en explícito diálogo con el de capital social/cultural de Pierre Bourdieu–, y plantea la existencia de un campo emocional con normas específicas (hábitos emocionales) que determinan el valor social de un sujeto (Illouz 93-155). Pilar, en *Soñar en cubano*, recibe una herencia emocional basada en la exclusión de la diferencia, mientras habita en un contexto histórico que gira hacia la inclusión. Es decir, recibe una herencia emocional anacrónica y, por lo tanto, con un valor adaptativo que no tiene valor social.

La herencia emocional que Pilar recibe de Lourdes y Celia es aparentemente opuesta por la postura de cada una de estas mujeres sobre la Revolución cubana. Este antagonismo se materializa en las geografías rotas de la familia Del Pino: mientras Celia está en Cuba, Lourdes está en Nueva York. Sin embargo, ni la lealtad de Celia, ni la rabia de Lourdes con el régimen cubano son injustificadas. Por una parte, nos encontramos con la estructura emocional de Celia que está determinada por una infancia en la que las necesidades básicas de alimento y cuidado no fueron satisfechas por cuenta de un sistema económico que no permitió a su familia proveerle las condiciones mínimas para sobrevivir. Esta precariedad deviene en rabia, ya que Celia crece lidiando con la sensación de ser reificada.

Según Axel Honneth, las relaciones sociales están determinadas por las dinámicas de reconocimiento y reificación, entendiendo esta última como quitarle el valor social al otro (contrario al reconocimiento que es, justamente, dar valor social a los otros y actuar desde esa valoración) (55). Desde esta perspectiva, para Celia la Revolución de 1959 es el movimiento político que reconoce la experiencia de crecer sin valor social a la vez que sublima el dolor causado por esta vivencia, por lo tanto, es el reconocimiento y la validación de su dolor. De ahí que las transformaciones sociales que derivan de este acontecimiento político se configuran para la mujer como una forma de restauración que da sentido a la experiencia reificadora prerrevolucionaria. La gratitud y lealtad de Celia con la Revolución y El Líder, son las emociones naturales hacia quien le ha devuelto su espacio en la sociedad, la ha sacado de dinámicas de reificación y la ha incluido en dinámicas no solo de reconocimiento, sino también de restauración. Recordemos además que, como lo ha estudiado Nussbaum, la gratitud es una emoción que implica tanto el reconocimiento de la importancia de las acciones del otro para nuestro beneficio, como la no obligatoriedad de dicha acción (*Paisajes* 110, 223, 249). En este sentido, y tal como lo señala Solomon es una de las emociones con más carga filosófica porque incluye nociones no solo de justicia, sino también de reconocimiento de la valía propia y de los demás.

Por su parte, el centro del conflicto de Lourdes es su cuerpo abusado por los soldados de la Revolución, el aborto que resulta de este abuso y el silenciamiento de esta experiencia. El relato de la violación cierra diciendo “Cuando terminó, el soldado cogió el cuchillo y, concentrándose profundamente, comenzó a rayar el vientre de Lourdes [...] entonces intentó Lourdes descifrar lo que él había grabado. Pero era ilegible” (García 104). La imposibilidad de leer el propio cuerpo no solo nos lleva a pensar en lo inefable del abuso sexual, sino también en la expropiación del cuerpo, ya que la violación rompe la relación armónica y soberana de la víctima sobre sí misma; este desalojo, reifica. De ahí que la pérdida de la soberanía lleve a una urgente búsqueda del reconocimiento social y personal del trauma. Buena parte de las decisiones de Lourdes apuntan a la sanación y a la recuperación de la soberanía sobre su cuerpo. Una primera estrategia son las dietas, con las que se establece una relación casi espiritual, cuando nos dice: “bienvenida a la pureza, al vacío de su estómago” (García 225). Adelgazar se vuelve un ejercicio deliberado de limpieza, de purificación de la violación. En segunda instancia, nos encontramos con el deseo sexual desbordado justo cuando su padre muere. Este ímpetu descontrolado parece una urgencia por imponer la

pulsión de vida por encima de la pulsión de muerte y también una forma de convertirse en la dominatriz del acto sexual, de ser ella quien decide sobre su cuerpo y sobre otros cuerpos y sujetos.

La gran paradoja de Lourdes es que, aunque habla todo el tiempo, no es capaz de hablar de lo que necesita ser dicho: que ha sido violada por soldados de la Revolución, que necesita una comunidad solidaria –familia– que reconozca su experiencia vital, y que le urge recuperar la soberanía sobre su cuerpo. Es justamente por esa expropiación, que Lourdes decide irse lo más lejos posible de la isla, y es por ese dolor no reconocido que se opone férreamente a las posturas políticas de su madre. Lourdes, a diferencia de Celia, no cuenta con un acontecimiento que públicamente reconozca y restaure su experiencia reificadora.

Si El Líder es sinónimo de esperanza para Celia, para Lourdes es sinónimo de la masculinidad violenta que le quita su cuerpo, su hijo y su valor social. De ahí que la lealtad de Celia con el régimen, por encima de la lealtad con su hija, sea una de las fracturas más irreconciliables de la familia Del Pino. De hecho, aunque Lourdes se siente muy orgullosa de la prosperidad de su panadería, para su madre cuando ella “le envía fotografías de sus pasteles y su pastelería en Brooklyn. Cada uno de los resplandecientes *éclair*s que allí aparecen es una granada dirigida contra las creencias políticas de Celia” (García 161).

La paradoja es que madre e hija siempre están lanzando su mirada hacia donde está la otra. Se buscan, pero no logran encontrarse, no logran verse. Esta imposibilidad de comprenderse y validarse se exagera si tenemos en cuenta el papel determinante que juega el culto a El Líder en las relaciones de confianza de los regímenes socialistas. Este padre de la nación exige una lealtad y subordinación (Tikhomirov 320), que en el caso cubano se combina con la alta erotización de su imagen (Gorsuch 517). Así, la lealtad a El Líder, combinada con la idealización romántica, produce un hábito emocional en Celia, quien fantasea con “detectar una nueva invasión de la bahía de Cochinos antes de que esta ocurriese. Sería festejada en palacio, deleitada con una serenata musical a cargo de una orquesta de metales y seducida por El Líder en un sofá de terciopelo rojo” (García 15). El enamoramiento platónico de la anciana, configura a El Líder como único hombre en la isla, el único a quien ella considera un igual. Ese protohombre es, para Celia, la encarnación de la esperanza y le da rabia que “sus hijas no pueden entender su dedicación a El Líder” (García 160) cuando “Celia haría con agrado cualquier cosa que él le pidiera” (García 154).

Celia y Lourdes cumplen con los regímenes emocionales (Reddy 129) coincidentes con sus afiliaciones políticas, y dejan de lado la construcción de una cultura emocional familiar que haga de refugio y legado emocional. De esta forma, la herencia emocional que Pilar recibe es la fractura, la exclusión y la exigencia de unas lealtades que se contradicen. Esta situación no solo le impide encontrar una identidad monolítica —como ve que tienen su madre y su abuela—, sino que la lleva a sentirse una traidora en doble dirección. Davis afirma que la búsqueda de Pilar es “por raíces y conexión, lo que no encuentra en su madre” (5) (traducción propia) y tampoco en su abuela. El problema es el deseo por definirse a sí misma desde una serie de radicalidades que no le corresponden históricamente.

Aparece entonces otro de los elementos fundantes de la ruptura familiar y de la confusión de Pilar: el lenguaje y la comunicación. En primera instancia descubrimos que los mensajes de Pilar no llegan porque sus interlocutores no los comprenden. Por ejemplo, hay un momento en que Celia nos dice que su nieta “escribe desde Brooklyn en un español que ya no le pertenece. Utiliza el mismo léxico limitado y rimbombante de los turistas de siglos anteriores” (García 20). Su abuela no solo no la comprende, sino que juzga su lenguaje macarrónico como una traición al origen, como una deslealtad. La joven es consciente de que su forma de hablar no le alcanza. De hecho, envidia la forma en que su madre insulta en español, porque tampoco el inglés le resulta suficiente para ser comprendida. Al final será a través de la pintura que “posee su propio lenguaje y que cualquier intento por traducirlo a palabras lo vuelve confuso, lo diluye, como las palabras que se traducen del español al inglés” (García 87) donde encontrará un refugio emocional (Reddy 129) del aislamiento que le genera su tensión entre el inglés y el español. En la pintura logra escapar a los sistemas excluyentes que implican ambas lenguas. Ahora, teniendo en cuenta las particularidades familiares que hemos visto, es claro cómo la tensión entre el inglés y el español no es solo idiomática sino que, en el ambiente familiar, connota la tensión social y política establecida entre Estados Unidos y Cuba durante la Guerra Fría.

Si al iniciar la novela la joven se siente dominada por el lenguaje, a medida que se desarrolla vemos cómo ella se apodera de él y determina la forma en que debe ser usado. Una vez se acerca su visita a Cuba, nos cuenta que ha “comenzado a soñar en español, cosa que no [le] había pasado nunca” (García 311). Aunque podría pensarse que el inglés ha sido desplazado por el español, el título de la novela nos plantea una tercera opción: *Soñar en cubano* configura la identidad cubana como una lengua híbrida y consciente

de las movilidades de su población. La resolución del conflicto con el lenguaje es un claro guiño sobre su interés por no escoger orillas.

Esta—como otras obras de crecimiento femenino— plantea el problema de la expectativa que la madre tiene sobre la hija esperando que sea su extensión o complemento, mientras que la hija pelea por su propia vida e identidad, oponiéndose al legado materno (Davis 1). En la novela, este patrón se recrudece porque las mujeres Del Pino ignoran e invalidan la experiencia vital de las otras (Gómez-Vega 78). Es decir, la expectativa de la lealtad, sumada a la rebeldía propia de la adolescente—que rechaza a la madre—, logra romper el tejido social al reificar la experiencia emocional de los demás. Este proceso natural de matricidio simbólico se ve desde el comienzo cuando Pilar nos cuenta que “Mi madre me dijo que Abuela Celia era atea antes de que yo pudiese entender lo que significaba esta palabra. Me gustaba como sonaba, el deje burlón con que mi madre la pronunciaba, y supe de inmediato que era eso lo que yo quería ser” (García 235). Ser lo que la madre rechaza es una estrategia clara de distanciamiento y de diferenciación, procesos necesarios para la configuración de la identidad.

La cúspide de este conflicto se da cuando Lourdes le pide a Pilar que haga un mural para la panadería que tiene en Nueva York. Inicialmente la joven planea una representación de la Estatua de la Libertad con pocas variaciones, pero luego empieza una batalla frontal:

quiero dejar de perder el tiempo en estupideces y hacer lo que quiero hacer. Así que decido escribir en la base de la estatua la expresión de burla que más me gusta de los punks: ‘SOY UNA PORQUERÍA’. Y luego pinto cuidadosamente, muy cuidadosamente, un imperdible atravesando la nariz de Libertad. (García 192)

La agresión a la Estatua de la Libertad es una agresión simbólica al cuerpo y los ideales políticos de la madre.

Esto sucede, en parte, porque cuando comienza la narración, Pilar tiene una concepción binaria del mundo que no solo la lleva a la incomprensión de la complejidad de las emociones y de las decisiones de su familia, sino que sus posturas políticas iniciales coinciden con lo que Gorsuch describe como la mirada soviética de la Revolución cubana. En ella se combinan la nostalgia de la ilusión del socialismo con la distancia y la exotización de lo caribeño (497), una distancia similar a la que experimenta Pilar. En este sentido, la Revolución cubana es para la joven, la nostalgia de un pasado utópico, de

una fantasía a la que le falta una explicación histórica y que satisface sus ideales infantiles. El deseo irrefrenable de oponerse a la madre, la lleva a construir fantasías sobre una abuela a la que no conoce y con quien tiene una relación cercana a la infatuación (relación muy similar a la que tiene Celia con El Líder).

Uno de los aspectos más cuestionables de la novela es que la joven depone esta pelea con su madre solo cuando sufre, como Lourdes, de un abuso sexual. La descripción de ambas escenas es similar y cuenta con elementos compartidos (como la navaja), por lo que es difícil no identificar en esta experiencia una suerte de espejo materno. Después Pilar se encierra durante tres días a pintar y tras este encierro llama a su madre y le dice –casi le ordena– que vayan a Cuba. Esta experiencia meditativa insinúa una observación profunda de su propio dolor y “un dolor observado es casi lo contrario de un dolor sufrido” (Scheler 30), en buena parte porque es un dolor al que se le identifica su valor adaptativo. Es solo tras la experiencia traumática que se ve en la obligación, como su madre, de reclamar un ejercicio de soberanía sobre su propio cuerpo y su identidad. Es entonces cuando Pilar valida la forma de actuar de Lourdes (sin que ello implique que la comparta) y se da cuenta de cómo sus ideas estaban fundamentadas en la imaginación y no en la experiencia, la reflexión, la conciencia y la empatía. Nace entonces el deseo de comprender a los demás, abriendo paso al proceso de configuración de su madurez.

El viaje a Cuba es también un gesto por atender las necesidades existenciales que nos ha expresado desde el inicio de la obra en relación con su urgencia de pertenecer “No obstante, yo había vivido toda mi vida en Brooklyn, y no sentía que aquello fuera mi patria. Tampoco estoy muy segura de que Cuba lo sea, pero quisiera averiguarlo. Si pudiera volver a ver a Abuela Celia, sabría a dónde pertenezco” (García 87). Esta necesidad se agudiza cuando nos dice “Cada día que pasa, Cuba se desvanece un poco más dentro de mí, mi abuela se desvanece un poco más dentro de mí. Y el lugar que debería estar ocupado por nuestra historia, está ocupado tan solo por mi imaginación” (García 187). Esa conciencia de las distancias entre lo real y lo ficticio es uno de los primeros indicios de madurez, que habrá de completarse cuando se comprendan los complejos entramados de lo real.

Una vez en Cuba, Pilar es testigo de la realidad cubana como “no más que destrucción, decadencia” (García 294), a la vez que es consciente de que su abuela también es un mar de contradicciones. Lejos de perpetuar el sistema de exclusión, Pilar escucha y comprende a Celia cuando ella cuenta que antes de la revolución Cuba era un lugar patético, la parodia de un país:

Había un solo producto, el azúcar, y todas las ganancias iban a parar a manos de unos pocos cubanos y, por supuesto, en las de los americanos. Mucha gente trabajaba solo durante el invierno, cortando la caña. El verano era tiempo muerto, y los campesinos rara vez podían escapar del hambre. (García 308)

De esta manera, Pilar empieza a desafiar las demandas familiares de lealtad para transformarlas en capital emocional. La deconstrucción del mundo imaginario, al entender una Cuba más real le permite derrocar una concepción binaria del mundo y da paso a la aparición de su versión adulta. En este punto, Pilar puede escuchar y comprender las lógicas emocionales que subyacen a la herencia que ha recibido, y así puede –como afirma la OMS– asumir funciones emocionales de adulta.

Desde este nuevo lugar de enunciación, Pilar se vuelve una narradora que satisface las dos lealtades que le son exigidas: validar su propia experiencia, como su madre le ha mostrado, pues “contar su verdad es para ella contar la verdad” (García 237); a la vez guarda la memoria de su familia, como deseaba su abuela en sus cartas “Mi nieta, Pilar Puente Del Pino, ha nacido hoy. Ella lo recordará todo” (García 323). Así, por medio de la escritura, la joven salva a su abuela del olvido, al tiempo que reconstruye la relación con su madre, no desde palabras de restauración o una empatía explícita, sino desde el respeto a su versión de los hechos. Pilar comprende cuáles fueron los motivos que llevaron a la generación de su abuela a pensar en la Revolución como la opción más viable. Así, Pilar resuelve la tensión generada por la exigencia de lealtades contradictorias mediante la empatía y la comprensión del otro, articulando así una opción para esta dupla lingüística y geopolítica desde el plano emocional. De acuerdo con los planteamientos de Ahmed y Nussbaum, la empatía resulta del deseo de comprender el dolor del otro y aunque objetivamente este deseo es imposible de satisfacer (Ahmed 30; Nussbaum, *Paisajes* 340), su presencia indica una estructura ética comprensiva la realidad de la emocionalidad del otro como verdad irrefutable, y como una realidad de alta importancia (Nussbaum, *Paisajes* 341; Cabezas 226; Solomon). Humanizar a la madre y desidealizar a la abuela se configuran como procesos fundamentales para la comprensión de su propia experiencia emocional. Pilar entiende cómo invalidar los procesos y la escala de valores de los otros ha llevado a la familia a escindirse (y no es la diferencia o los desacuerdos políticos). Por su parte, Illouz define la empatía como “la capacidad de identificarse con el punto de vista y los sentimientos del otro [y]

es al mismo tiempo una habilidad emocional y simbólica” (52). Es decir, la empatía es un ejercicio de la imaginación cuando se carece de experiencias (31) y de reconocimiento de la propia vulnerabilidad y valía, cuando sí se tienen las experiencias para construir referentes desde los cuales se pueda imaginar el dolor y la experiencia del otro.

En *Soñar en cubano* Pilar apela a la imaginación para comprender y validar la experiencia vital de su abuela Celia, y acumula experiencias para poder construir un referente emocional que la lleve a comprender a su madre, Lourdes. Es así como Pilar –narradora– construye un hábito y un capital emocional centrados en la capacidad para comprender los sofisticados entramados emocionales de cada uno de los partícipes de su familia, sin asumir una posición de juicio frente a ellos. De ahí que oír varias versiones de los hechos y comprender posiciones diversas se distancie de ser una estructura emocional ambivalente (como afirma Peggy Watson) para volverse una estrategia de acumulación de capital emocional. De hecho, esta nueva escala de valores sociales en torno al capital emocional entra en diálogo con su nombre: Pilar Puente –quien sostiene y conecta–. Esta conexión solo es posible por lo que Reddy llamaría libertad emocional, que es “no para tomar decisiones racionales, sino para atravesar experiencias de conversión y redireccionamientos vitales que involucran factores inconmensurables y contradictorios” (129, traducción propia). En el caso particular de la novela, esa libertad emocional es la que inicialmente rompe el tejido familiar, pero es también la condición de posibilidad para que Pilar sea desleal tanto con su madre como con su abuela y, desde un nuevo lugar de enunciación, logre reconstruir el tejido familiar y metonímicamente el nacional.

Desde la escritura, Pilar sublima, como su abuela, la experiencia reificadora de no tener una identidad absoluta para transformarla en un gesto de reconocimiento y justicia restaurativa epistémica. La escritura se vuelve un refugio emocional individual y colectivo. Si la dictadura de Fulgencio Batista (1952-1959) produjo una comunidad emocional (término de Reddy y Rosenwein, cuyas dinámicas son similares a las comunidades imaginadas de Benedict Anderson), unida por la experiencia colectiva de la rabia y la indignación, una vez la Revolución cubana triunfa le da sentido a esa emoción compartida y cohesionada dicha comunidad. El problema aparece cuando atomiza emocionalmente a la siguiente generación por la carencia de una experiencia colectiva (trauma) compartida y la distancia por la ausencia de referentes. Sin embargo, Pilar, como miembro de la tercera generación y, desde la distancia temporal, geográfica y cultural que le da ser una estadounidense cubana en

la década de 1980, capitaliza emocionalmente estas fracturas emocionales y comunicativas.

Ahora, esta conciliación solo es posible porque Pilar está en un momento histórico en que la empatía y la comprensión del otro tienen un alto valor social. En este contexto, su intento de restaurar el tejido familiar desde la narración (que es la novela misma) no solo tiene la posibilidad de ser, sino que está altamente valorado. Por el contrario, la empatía y comprensión del otro podría ser leída como falta de compromiso o condescendencia en tiempos de su abuela o su madre. Esta emoción no le corresponde históricamente ni a Lourdes ni a Celia. Por el contrario, sus contextos, les exigen posturas radicales, desde las que solo es posible exigir justicia desde concepciones de mundo jerárquicas y desiguales. Es solo en un mundo que ha visto el fracaso del extremo que esta emoción cobra valor.

Así, en *Soñar en cubano* Pilar satisface los criterios de inteligencia emocional de su contexto geohistórico porque, tal como lo menciona Illouz, “es entonces una forma de habitus que permite la adquisición de una forma de capital situada en la articulación entre capital cultural y social” (146). Además, desde la perspectiva de acumulación de capital emocional, se hace evidente que la reconstrucción tanto de la identidad de Pilar y del tejido familiar solo es posible por la condición de extranjería y dualidad, y por la herencia emocional dicotómica. Es solo en esa fractura donde Pilar se ve obligada a mirar y a acumular, pero es también desde esa fractura que está liberada de un régimen emocional (externo a lo familiar) que le concede la libertad emocional de la extranjería en Estados Unidos, en Cuba y en su propia familia. Es decir, a lo largo de la obra Pilar siempre está definiéndose a sí misma en función de ser/no ser como su madre o como su abuela. Solo cuando es capaz de comprenderlas, puede distanciarse y decidir qué toma y deja de cada una.

De esta forma, hemos visto cómo Pilar reconstruye la historia familiar a través de la escritura y el tejido social, desde una conciencia del carácter cultural e histórico de las emociones de cada uno de los miembros de su familia. Así, *Soñar en cubano* narra la historia de los hábitos y prácticas emocionales de la familia Del Pino, de cómo la Revolución cubana los afecta y de cómo es solo cuando hay la suficiente distancia física, temporal y emocional que es posible la aparición de un personaje como Pilar, que se vuelve adulta al comprender y legitimar las acciones y experiencias vitales de los miembros de su familia.

BIBLIOGRAFÍA

- AHMED, SARA. *The Cultural Politics of Emotion*. Nueva York: Routledge, 2015.
- ANDERSON, BENEDICT. *Comunidades imaginarias*. México: FCE, 2007.
- CABEZAS, MAR. *Ética y emoción. El papel de las emociones en la justificación de nuestros juicios morales*. Madrid: Plaza y Valdés, 2014.
- DAVIS, ROCIO. "Back to the Future: Mothers, Languages, and Homes in Cristina García's *Dreaming in Cuban*". *World Literature Today* 74/1 (2000): 60-68.
- DILTHEY, WILHEM. *Obras de Wilhelm Dilthey IV. Vida y poesía*. México: FCE, 1975.
- GARCÍA, CRISTINA. *Soñar en cubano*. Chile: Ballantine Books, 1997.
- GÓMEZ-VEGA, IBIS. "The Journey Home: Defining Identity in Cristina García's 'Dreaming in Cuban.'" *Voces: A Journal of Chicana/Latina Studies* 1/2 (1997): 71-100. *JSTOR*, <http://www.jstor.org/stable/23013285>.
- GORSUCH, ANNE E. "'Cuba, My Love': The Romance of Revolutionary Cuba in the Soviet Sixties". *The American Historical Review* 120/2 (2015): 497-526.
- HALL, STANLEY. *Adolescence, Its Psychology and Its Relation To Physiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*. Nueva York: Appleton and Company, 1904.
- HONNETH, AXEL. *La sociedad del desprecio*. Ed. y trad. de Benno Herzog, Francesc J, Hernández. Madrid: Trotta, 2011.
- ILLOUZ, EVA. *Intimidaciones congeladas: Las emociones en el capitalismo*. Madrid: Katz discusiones, 2007.
- NUSSBAUM, MARTHA. *Paisajes del pensamiento: la inteligencia de las emociones*. Bogotá: Planeta, 2018.
- OMS. "Desarrollo en la adolescencia". Organización Mundial de la Salud N.p. (2016).
- REDDY, WILLIAM. *The navigation of feeling: A framework for the History of Emotions*. North Carolina: Cambridge UP, 2004.
- ROSENWEIN, BARBARA. "Problems and Methods in the History of Emotions". *Passions in Context* 1 (2010): 1-33.
- SCHELER, MAX. *Gramática de los sentimientos*. Barcelona: Ed. Crítica, 2003.
- SOLOMON, ROBERT C. *Ética emocional: Una teoría de los sentimientos*. Barcelona: Ed. Paidós Ibérica, 2008.
- TIKHOMIROV, ALEXEY. "The Grammar of Trust and Distrust under State Socialism after Stalin. Introduction". *Journal of Modern European History* 15/3 (2017): 313-29
- WATSON, PEGGY W. "La alternancia de códigos literarios y la conquista de lectores en *Dreaming in Cuban*, de Cristina García". *Revista Mexicana del Caribe* (1998): pp. 194-206.